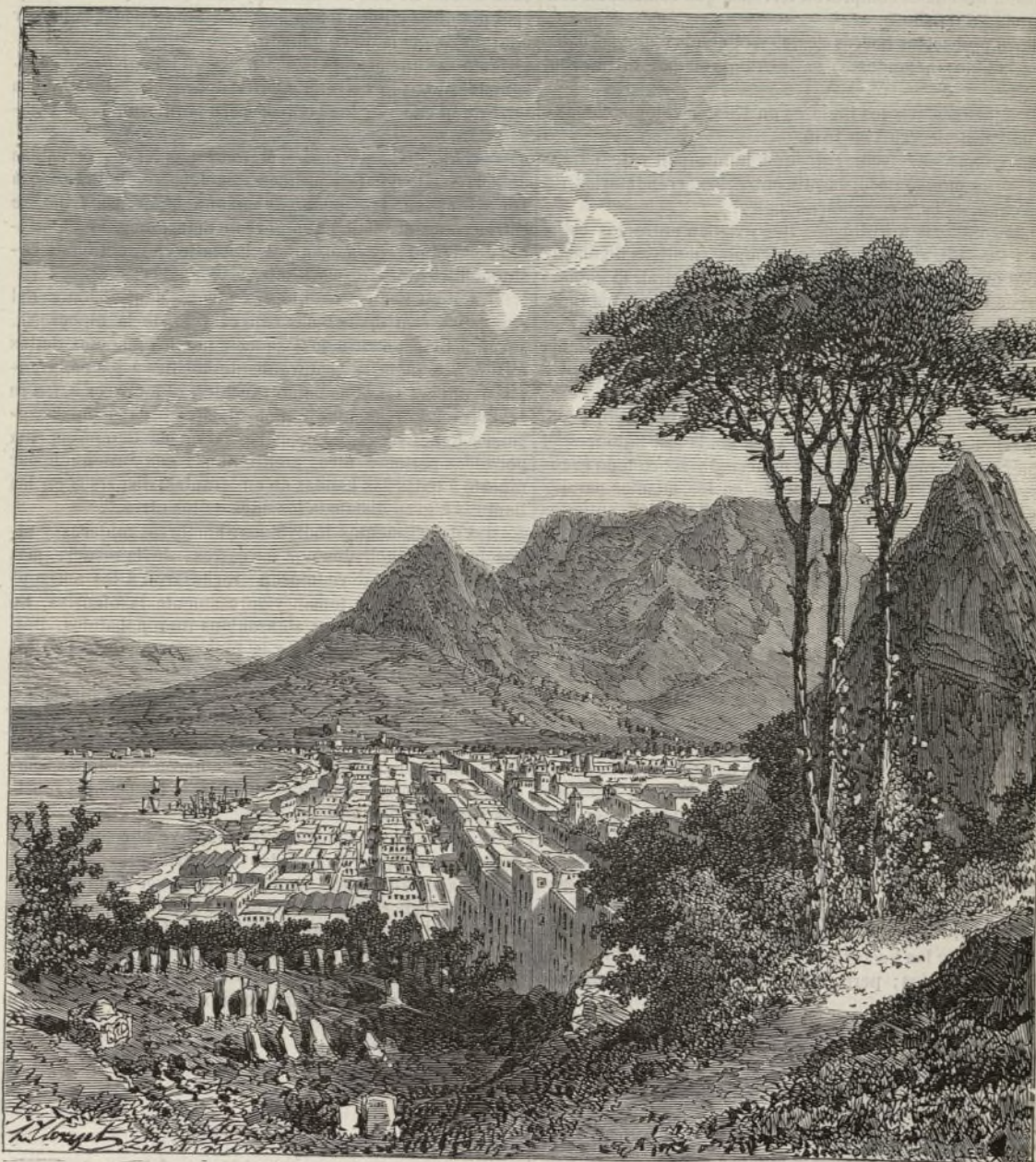


LOS BOERES.



Vista de la ciudad del Cabo.

UNA PAGINA DE LA HISTORIA CONTEMPORANEA.

La colonia del Cabo de Buena Esperanza ocupa la punta meridional del Africa. Fué fundada por los holandeses á

SEGUNDA SERIE.—1867.

mediados del siglo XVII. El gobierno envió allí primeramente cierto número de hombres y mujeres, procedentes de las casas de reclusion, y despues toda clase de gente sin hogar ni ocupacion conocida en los puertos de mar. A este primer grupo se agregaron algunos individuos á quienes la miseria ó su afición á los viajes lanzaban de su país natal.

AÑO XXV. 31

Estos europeos tuvieron mucho que sufrir durante los primeros años de la colonia; las fieras y los hotentotes destruían sus ganados y sus habitaciones. Sin embargo, al fin tomaron la superioridad y se reconciliaron con los indígenas, á los cuales compraron terrenos que confinaban con la ciudad del Cabo.

Poco á poco los boëres (este es el nombre que se daba á los colonos holandeses) se derramaron por el interior del país.

Conquistada por los ingleses en 1795, la colonia concluyó por pertenecerles en 1815.

Se comprende fácilmente que hubiese en este paraje mas de un motivo de discordia entre los arrendatarios de origen holandés y el gobierno inglés.

Las continuas hostilidades que existían entre los colonos y los indígenas eran, casi siempre, motivos de disensiones de los arrendatarios con el poder central. El gobierno no reconvenía á los colonos porque maltrataban á los indígenas, escitándolos de esta manera á la revolucion. Por su parte los arrendatarios se quejaban de las rapiñas de los salvajes, que robaban sus ganados y encontraban apoyo y proteccion en el gobierno inglés.

Para evitar estas continuas incursiones, la mayor parte de los boëres se aproximaron á las ciudades. Entonces el gobierno mandó venir colonos ingleses, y sobre todo escoceses, los cuales se establecieron en los mismos parajes que habian abandonado, segun hemos dicho, los antiguos colonos.

Pero muy pronto los holandeses echaron de menos el territorio que habian dejado, y regresaron poco á poco á sus antiguas habitaciones.

Sea que los boëres hubiesen vuelto á poner en práctica sus malos procedimientos con los cafres, sea que estos últimos se hubiesen dejado seducir por los numerosos rebaños de los colonos, es lo cierto, que el pillaje, el degüello, etc., comenzaron de nuevo.

En 1835, seis mil colonos, entre los cuales se encontraban muchos ingleses, penetraron en Gafreña con las armas en la mano y arrebataron treinta ó cuarenta mil bueyes ó vacas, que en su mayor parte habian sido robados en otro tiempo á los colonos por los cafres.

La venta de estos animales, provechosa para el tesoro inglés y onerosa para los boëres, exasperó á los holandeses.

Mas tarde surgió una cuestion mas importante todavia: la libertad de los esclavos. Se concedió una indemnizacion á los propietarios; pero una indemnizacion relativamente insignificante.

La dificultad de los pagos y la obligacion de recibir mercancías inglesas en lugar de dinero contante, todo esto acabó de exasperar la parte holandesa de la colonia. Mas todavia: acostumbrados á tratar á los indígenas como esclavos, los boëres quisieron obrar de la misma manera con los hombres libres que empleaban para sus trabajos. De aqui nacieron revoluciones y algunas rapiñas que lo boëres castigaban con estremada severidad.

Como el gobierno protegía á los salvajes, llegó á ser tan grande la irritacion de los boëres, que gran número de ellos se decidió á emigrar.

Su jefe, llamado Relief, era francés de origen, cuyos padres, que pertenecían á la religion reformada, habian dejado á Francia en el momento de la revocacion del edicto de Nantes.

Aun cuando habia tambien cierto número de ingleses

entre los emigrantes, los demás jefes eran casi todos de origen holandés.

Quince ó veinte mil individuos, comprendiendo entre ellos las mujeres y los niños, componen este nuevo éxodo; cada colono llevaba su carreta y sus rebaños; les fué preciso dividirse en pequeñas bandas á fin de poder subvenir á la subsistencia de su ganado.

Mientras que acampaban á orillas del *Vaal-River*, fueron atacados por los *amadebeles* del rey Massilcalzy. La victoria quedó por los boëres, pero perdieron mucho ganado.

Después de haber pasado algunos dias en las cercanías de Port-Natal, donde pensaban establecerse, Relief pasó á ver á Dingaan, jefe poderoso de una numerosa tribu de cafres conocidos bajo el nombre de amazoulous, y en cambio de algunos servicios que le habia hecho, obtuvo la cesion del territorio de Port-Natal.

Desgraciadamente, sea que las buenas disposiciones del rey estuviesen disfrazadas bajo el velo de la hipocresia, sea que Dingaan se dejase seducir por los manejos de los misioneros ingleses, naturalmente hostiles á los emigrantes, á quienes miraban como rebeldes, el monarca cafre se aprovechó de la confianza de los boëres para mandar asesinar á Relief y á sus compañeros. Al mismo tiempo espedia por todas partes á otros amazoulous, con orden de dar muerte á todas las bandas de emigrantes, dispersos en las llanuras á gran distancia los unos de los otros.

Mas de seiscientos individuos, hombres, mujeres y niños fueron degollados por los cafres, de la manera mas cruel. Los demás se reunieron, rechazaron á los amazoulous y volvieron á tomar vigorosamente la ofensiva. En muchos encuentros, los amazoulous fueron batidos. Dingaan, obligado á emprender la fuga, fué muerto por los amasouazis.

Pero no era solo á los amazoulous á quienes odiaban los boëres holandeses, sino á los ingleses, á cuyos manejos atribian, con razon ó sin ella, la traicion de los cafres.

En mas de una ocasion se efectuaron colisiones sangrientas entre las tropas del gobierno y los colonos rebeldes á la autoridad inglesa.

Una parte de los holandeses concluyó por someterse y reconocer la autoridad de las Islas británicas. Los otros, continuando su camino, se introdujeron en lo interior del país y se dispersaron á derecha y á izquierda para fundar establecimientos agricolas sobre el territorio ocupado por las diferentes tribus de los bechnanas.

Ya que el lector conoce los lugares donde debe pasar nuestra relacion, es tiempo de entrar inmediatamente en materia.

II.

HENDRICK Y PIET.

Algunos meses después del degüello de los boëres de Relief por los amazoulous, un anciano de unos sesenta años, vino á establecerse en las cercanías de *Kolobeng*, una de las comarcas mas sanas y de las mas fértiles del Africa Meridional. Le llamaban Hans Gregorio, era de origen holandés, y como todos sus compatriotas, profesaba á los ingleses un odio feroz.

Secundado por los indígenas, á quienes habia obligado á ayudarle, amenazándoles con su *roër* (especie de rifle ó

larga escopeta) fundó, en los confines del bosque, una quinta que habitaba con dos niños de tres á cuatro años de edad. Se suponía que estos dos muchachos eran sus nietos; él así los llamaba frecuentemente. Uno de ellos se llamaba Hendrick y el otro Piet.

Todos temían á Hans Gregorio á diez leguas á la redonda; era un anciano de seis piés de estatura, de barba crecida y blanca, de facciones toscas, de rostro bronceado por el viento y el aire vivo del bosque. Su voz, ruda y sonora, hacía temblar á todo el que se aproximaba; sus ojos sombríos y amenazantes se encendían algunas veces con un fuego terrible, con ese fuego que brilla en la mirada de los locos. Su conducta hacía sus nietos se resentía del estado de su espíritu; tan pronto los colmaba de caricias, como los maltrataba; los espulsaba de la casa y los dejaba pasar la noche al sereno. Acostumbrados á la manera de obrar del anciano, los muchachos no se cuidaban ya de su proceder; se dejaban acariciar ó regañar con cierta indiferencia. Sin embargo, en el fondo, Hans Gregorio los amaba tanto cuanto se lo permitía su naturaleza salvaje.

Ahora bien, sucedió que un día algunas tribus nómadas pasaron á las cercanías de *Koudouley*, la propiedad de Hans Gregorio. Continuaron en sus rapiñas acostumbradas. El viejo holandés cargó contra los ladrones, que ya habían emprendido la fuga, llevándose doscientas ó trescientas cabezas de ganado. Alcanzólos en un desfiladero y los atacó valerosamente, sin esperar á que sus dos nietos y sus criados se uniesen á él; mató á unos quince; pero en la acción fué herido en el pecho por una flecha venenada. Conocía bastante la terrible influencia de este veneno para prever la muerte que le esperaba, y se apresuró á ponerse una ligadura muy apretada debajo de la herida y obligó á un desgraciado bechuana á chupar la sangre corrompida que ya comenzaba á colorear los bordes de la herida; pero el desórden producido por el veneno era ya muy grande.

Al cabo de algunas horas, Gregorio comenzó á revolcarse en la tierra, lanzando gritos horribles. La espuma le salía por la boca como á un epiléptico.

Sus dos nietos, que habían perseguido durante algún tiempo á los merodeadores, volvieron al lado de su abuelo, el cual pronunció en su presencia los discursos mas incoherentes, besándolos y rechazándolos, hablando de asesinato y de traición, de una mujer inglesa, de un niño robado, de su hijo, al que llamaba *Gert*, y mezclando estas palabras con maldiciones contra los ingleses.

—Tú no eres hijo mío, decía algunas veces á Hendrick, que lloraba á su lado; tú eres hijo de una inglesa, vete, vete ó te mato.

Un instante despues, decía otro tanto á Piet, á quien cinco minutos antes estrechaba contra su corazón.

En el fondo de todas estas frases, inspiradas por el delirio, había evidentemente alguna cosa de verdad. Los dos niños lo comprendieron bien; pero á pesar de todos sus esfuerzos, no pudieron obtener ninguna explicación precisa de su abuelo. Este deliraba cada vez mas y sucumbió aquella misma noche.

Hendrick y Piet tendrían entonces unos catorce años. Eran ya unos verdaderos caballeros é intrépidos cazadores.

Por lo demás, no se parecían sino en cierta manera. La diferencia marcada que existía entre ellos venía en apoyo de las proposiciones escapadas al viejo Gregorio.

Hendrick era un mozo de una estatura de cinco piés

y ocho ó diez pulgadas; sus rubios cabellos descendían formando bucles sedosos sobre sus mejillas rosadas, era valiente, listo, dulce y humano; por eso los bechuanas querían mejor tener tratos con él que con su hermano Piet.

Este último, de menor estatura que Hendrick, tenía formas hercúleas; tenía yo no sé qué de lúgubre en los ojos, y su mirada se inyectaba de sangre á la mas leve contrariedad. Sus largos brazos descendían hasta las rodillas. No podía decirse que fuera contrahecho, y sin embargo se veía en él un defecto de proporción y de armonía que desagradaba hasta cierto punto. Su voz tenía casi siempre un acento feroz. En sus momentos de cólera lanzaba gritos salvajes y hacía pedazos cuanto hallaba á su alcance, y no se apaciguaba sino con la presencia de su hermano, al que demostraba mucha afección. Pero esta misma afección no le impedía enfurecerse algunas veces contra Hendrick, que acostumbrado á estos excesos violentos le oponía una calma inalterable. Es verdad que cinco minutos despues, Piet no pensaba ya ni en el motivo de su cólera ni en nada de lo que había podido decir á su hermano.

A pesar de su juventud, Hendrick y Piet hacía mucho tiempo que se habían acostumbrado á sufrirse mutuamente. Aun cuando echaban de menos á su abuelo, sin olvidar por eso sus ademanes bruscos ni sus caprichos, no por eso habían encontrado obstáculos para seguir adelante en su explotación; y aunque parecía que reinaba entre ellos una perfecta igualdad, Hendrick era el verdadero jefe de la casa; de vez en cuando Piet se persuadía de que no era mas que el criado de su hermano. Entonces, durante algunas horas, daba órdenes sobre órdenes, ingeniándose para contrarestar las instrucciones de Hendrick. Luego, sintiéndose ya tranquilo, reconocía que el asunto iba mal y dejaba con calma que Hendrick volviese á ocuparse de la dirección.

Un día que los dos hermanos cazaban juntos el búfalo á orillas de un pequeño río que desembocaba en el Ori, distinguieron una barca indígena que descendía la corriente con una extraña rapidez. Esta barca contenía tres personas; un hombre que vestía un traje europeo, una niña, también blanca y un bechuana perteneciente á una tribu vecina. Comenzaba á oscurecer, y los dos hermanos, ocultos en las malezas, no podían distinguir las caras de los extranjeros. Sin embargo, muy pronto, Piet, que tenía una vista muy perspicaz, observó que había algo de insólito en la manera con que el bechuana conducía el bajel. La corriente era excesivamente rápida en este paraje, y en vez de sostener la barca paralelamente al flote del agua, el bechuana parecía que espresamente solicitaba ponerla al través.

—¡Ese animal va á volcar la canoa! exclamó Piet.

No bien había acabado de pronunciar estas palabras, cuando el europeo que estaba sentado en la popa, se incorporó y se dirigió al remero con ademán amenazador. El bechuana ejecutó un movimiento brusco, apoyándose fuertemente sobre uno de los bordes de la barca, á quien la corriente inclinaba ya sobre el mismo lado. La canoa viró y las tres personas que iban en ella cayeron al agua.

Hendrick y Piet, se arrojaron inmediatamente para socorrerlos. Piet, que no tenía rival en la carrera, llegó primero y se lanzó en el río, nadando hacia donde estaba la niña; consiguió asirla y conducirla á la orilla. Seguro de que todavía respiraba, la confió á los cuidados de su hermano y se echó de nuevo en el agua para buscar al eu-

ropeo, al cual se había llevado la corriente á gran distancia.

Mientras tanto Hendrick, procuraba reanimar á la joven, ó mas bien dicho á la niña, pues no tendria mas que unos diez ó doce años. En el momento en que empezó á reco-brar su conocimiento, Hendrick oyó un ruido extraño casi imperceptible en el ramaje. Acostumbrado á la vida de los bosques y á los ardides de los salvajes, fingió no haber escuchado nada, y cambiando de posicion como para sostener mejor la cabeza de la niña, echó una mirada rápida hácia el lado del rio, y distinguió una cabeza encrespada, esto es, la del bechuana que surgia por instantes por en medio de los juncos. De pronto se apartó de la niña, y se precipitó hácia el salvaje. Este emprendió la fuga, y conociendo que iba á ser alcanzado, se arrojó en el agua y se sumergió en ella. Pero en el momento en que su cabeza reapareció en la superficie, Hendrick hizo fuego, en cuyo instante se oyó otro disparo. Era Piet, que atraído por la detonacion del *roër* de su hermano, tiraba á su turno sobre el bechuana. Este ejecutó un movimiento convulsivo y flotó despues como un cuerpo inerte sobre el agua que llevó su cadáver.

Hendrick se dirigió otra vez hácia donde estaba la niña. Asustada por los tiros y por su aislamiento, lanzaba gritos y llamaba á su compañero con desesperacion, y Hendrick procuraba en vano calmarla.

—¡Tio mio! ¡tio mio! exclamaba sin cesar.

—Mi hermano, ha ido en su busca, le dijo Hendrick, enjugando las lágrimas que inundaban su hermoso rostro de niña.

Al acabar de pronunciar estas palabras, silbó una бала que pasó por delante de su cara. Se volvió y distinguió á lo lejos un salvaje, un viejo, que le pareció, que se introducía en el bosque llevando un cadáver sobre sus hombros.

El primer movimiento de Hendrick, fué el de precipitarse en su persecucion, pero tuvo miedo de dejar á la niña enteramente sola, y volvió hácia ella. La pobre niña, le echó los brazos al cuello y le besó llorando.

—¡Salvad, á mi tio! le decia.

—Deja que primero te pongamos en seguridad.

Pero la niña, que parecia dotada de una inteligencia y de un valor superiores á su edad, repetia:

—¡Salvad, á mi tio!

Hendrick, tomó el partido de encaramar á la niña sobre un árbol en donde la dejó recomendándole que no se moviera de allí hasta su regreso. En seguida partió para buscar á su hermano.

Ambos volvieron algunas horas despues con las ropas mojadas y llenos de barro, y la cara arañada.

—¿Y mi tio? exclamó la niña echándose en los brazos de Hendrick.

—No hemos podido encontrarle, respondió el boër. Es de noche y no se distingue nada á dos pasos de distancia.

—¡Pobre tio mio! exclamó la niña sollozando. ¡Salvadle, salvadle!

—Acabamos de decirte que hemos hecho cuanto hemos podido, respondió Piet, con tanta mayor terquedad, cuanto que se sentia conmovido por el dolor de la niña.

Asustada de esta voz tan áspera, la niña cogió la mano de Hendrick, y se acercó á él como buscando su proteccion.

—Que asustas á la pobre criatura, dijo Hendrick á Piet.

—¿Y por qué nos pide imposibles? replicó Piet. Además es muy tarde, y estoy muerto de hambre. En marcha para Koudouvley.

El viejo Hans Gregorio, habia dado este nombre á su habitacion, porque el primer animal que mató al llegar á este paraje fué un *koudou*.

Hendrick tomó á la niña en sus brazos y se reunió á Piet que marchaba delante sin cuidarse de sus compañeros de viaje.

Al llegar á Koudouvley, se procuró que la niña tomase algun alimento, y se le preparó una cama con algunas pieles de *sprendboch* y de carnero. Durante la comida, los dos hermanos la hicieron varias preguntas acerca de su familia y del objeto del viaje de su tio. Ella respondió que se llamaba Ana Daring, que su tio era un misionero, que venia de las cercanías de Beaufort, y que iba en busca de un hijo que le habian quitado los salvajes ó los boëres.

—¡Cómo los boëres! exclamó Piet con aspereza: ¿Por qué estos picaros ingleses, se figuran que nosotros tenemos el oficio de robar criaturas?

La niña asustada de este acento comenzó á llorar,

—Yo no he dicho esto para causarte pena, añadió Piet conmovido de las lágrimas que veia derramar.

—Vamos, Ana, dijo á su vez Hendrick; no tengas miedo de mi hermano, ni del acento de su voz. Por otra parte, tú le debes reconocimiento, pues ha sido él quien te ha sacado hoy del agua.

—¿Vos? preguntóle la niña con prontitud.

—Mi hermano, prosiguió Hendrick, llegó antes que yo. Si no le has visto cuando recobraste tu razon, ha sido porque volvió á partir para buscar á tu tio. Por eso debes amarle mas que á mí.

—¡Nada me importa! gruñó Piet, que mentia en este momento, pues la preferencia de Ana hácia su hermano, le habia hecho experimentar un sentimiento de contrariedad del cual él mismo no podia darse cuenta.

Impulsada por Hendrick, la niña se levantó dirigiéndose lentamente hácia Piet, con la vista fija en él y revelando inquietud, y dispuesta á huir al primer movimiento sospechoso. Llegó en fin á donde estaba Piet, le echó los brazos en derredor de su cuello, diciéndole en voz muy baja:

—Gracias, señor Piet; muchas gracias.

Esta voz tan dulce y tan pura conmovió el corazon del boër. Asió á la niña y la besó cordialmente; pero tambien con tal brusquedad, que Ana estuvo á puño de lanzar un grito de espanto.

Sin embargo, andando el tiempo, la niña concluyó por acostumbrarse; y aun cuando evidentemente daba su preferencia á Hendrick, casi siempre se quedaba dormida sobre las rodillas de Piet. Este la contemplaba con una ternura singular. El mismo quiso llevarla á la camita que le habia preparado. Despues de haberla acostado vestida, permaneció algunos momentos contemplándola con un ademan reflexivo al cual no estaba acostumbrado.

—¿En qué piensas? preguntó Hendrick, que le exanimaba á hurtadillas.

—¿Yo?... dijo Piet estremeciéndose; pienso en esta pobre huérfana. ¿Qué es lo que vamos á hacer de ella?

—Será preciso indagar á donde está su familia.

—Entonces nos dejará.

—¿Quién lo duda?

—Sin embargo, esta niña no nos estorba.

—Es verdad, pero piensa en el dolor de sus parientes.

Piet no respondió nada; pero sacudió la pipa sobre la

mesa como para hacer que saliese de ella la ceniza, con una fuerza que comprometía la seguridad de este utensilio tan querido de los boëres.

Un instante despues, los dos hermanos, fatigados dormían un sueño profundo.

III.

MISS ANA DARING.

Al día siguiente al despertar la aurora, Hendrick y Piet, estaban levantados. Seguidos de dos criados y de una docena de perros, penetraron en el sitio donde el día anterior habían visto desaparecer al tío de Ana. Todo el día se distribuyó en inútiles investigaciones; fué imposible encontrar huella alguna respecto á M. Daring. Se supuso que había sido cubierto por la canoa y arrastrado con ella por la corriente, ó que algun caiman le había devorado. Habiendo llegado á mas de treinta millas de Koudouvley, ambos hermanos volvieron á encontrar pantanos cubiertos de juncos y ramas espinosas, que era imposible penetrar, y fué necesario batir en retirada y regresar á la casa.

La pobre Ana, al saber la inutilidad de estas investigaciones, esperiméntó un nuevo acceso de desesperacion.

—Volveremos á la tarea mañana, hija mia, le dijo Hendrick para consolarla.

—Y toda la semana, si es necesario, añadió Piet, contrariado de haber sido su hermano el primero en la oferta.

Continuaron las investigaciones, en efecto, durante toda la semana, pero no produjeron ningun resultado.

—¿Qué vamos á hacer de esta niña? preguntó Piet mirando á su hermano.

—Es necesario tenerla á nuestro lado, hasta que hayamos encontrado á su familia. Primeramente escribiremos á Beaufort; luego encargaremos al primer *trader* (tráfico en pieles) que pase, que inquiera noticias y nos las envíe; y si es preciso haremos el viaje nosotros mismos, y le aprovecharemos para comprar lo que nos haga falta.

—Cualquiera pensaría que tienes ganas de desembarazarte de esta pobre criatura.

—¡Yo!..... Si yo no consultase mas que mi propio deseo, desearia que permaneciera siempre á nuestro lado; pero es menester pensar en ella y en sus padres.

—¿Crées tú que sería despreciada entre nosotros? Esto es tanto mas extraño de tu parte, cuanto que eres tú el preferido por ella. Y sin embargo, soy yo el que la he salvado.

—Es verdad.

—Entonces..... ¿por qué te ama mas que á mí?

—Ella ama lo mismo á uno que á otro. Lo que hay es, que tú la asustas á cada instante con tu bronca voz y tus movimientos encolerizados.

—¿Qué tontas son las niñas! murmuró Piet á manera de conclusion.

Un *trader* ó traficante ambulante pasó dos meses despues por Koudouvley. Hendrick y Piet, le encargaron que adquiriese noticias en Beaufort respecto á los parientes de Ana, y le compraron muchos objetos en provecho de la niña. Piet, quiso mostrarse mas generoso y le compró muchas cosas; desgraciadamente el pobre jóven había puesto en su compra mas voluntad que buen gusto é inteligencia. Así es, que cuando vió que Ana se complacia mas con los presentes de Hendrick que con los suyos, se encolerizó y salió de la casa como un demente.

Segun los consejos de Hendrick, Ana se aproximó á él y le cogió la mano y llevó dulcemente al boër hácia la casa, y Piet se dejó llevar como un niño.

Las escenas de este género, se renovaban frecuentemente, y amando sinceramente á Piet al cual estaba reconocida, prefería, sin embargo, á Hendrick.

Afortunadamente, que con aquel instinto particular de las criaturas, comprendía el imperio que ejercía sobre el boër y sabía aprovecharse de él para conducirlo á su gusto.

—Si no te sientas á la mesa, papá Piet, le dijo un día que se había levantado de ella furioso, no hablo mas en el espacio de un mes.

El boër juró, insultó á la niña, y ésta no hacía mas que reírse; pero él terminó por volverse á sentar y comió como lo había mandado el pequeño tirano, que le llenaba su plato para que repitiese:

—Come, papá Piet.

Ana llegó á ser andando el tiempo la niña querida de Koudouvley. ¡Desgraciado de aquel que la hubiera ofendido delante del uno ó del otro hermano, y especialmente delante de Piet; en su cólera habría matado al culpable sin ningun género de explicacion!

Pero Ana, era adorada de todo el mundo, lo mismo de sus servidores que de sus superiores. Mas de una bechuana había suplicado por lo bajo á los traficantes (*traders*) encargados de adquirir informaciones respecto á ella, que no trajesen ninguna investigacion que obligase á la niña á salir de Koudouvley. El mismo Piet les había hablado en este sentido. En cuanto á Hendrick, mas razonable y mas justo, continuaba tomando datos, pero en el fondo del corazón deseaba que no tuvieran resultado.

Dos años transcurrieron de este modo. La niña se transformaba poco á poco y cada vez iba siendo mas hermosa. La fealdad y el aire vulgar de las hijas de dos ó tres boëres de la vecindad contribuían á que resaltase mas la belleza y la distincion de Ana, y los dos hermanos se manifestaban estraordinariamente orgullosos de los elogios que por todas partes prodigaban á la jóven huérfana.

Desde su llegada, sin embargo, se declaraba una especie de fatalidad contra los nietos de Hans Gregorio; perdieron muchos animales y del modo mas imprevisto, en fin, una noche en que se hallaban ausentes por haber tenido que asistir á un *hopo* (especie de batida de caza indigena), se declaró el fuego en su habitacion y la devoró enteramente.

Ana se salvó del incendio, gracias á la eficacia y adhesion de sus sirvientes, y á su regreso, los dos hermanos, se contemplaron felices por haberla encontrado sana y salva, y por el momento olvidaron la catástrofe del incendio.

No obstante, diferentes indicios les probaron de la manera mas evidente que el incendio se había verificado por una mano enemiga; pero á pesar de todas sus investigaciones no pudieron conseguir descubrir al culpable. Ana recordó solamente, que durante la noche, había distinguido á un viejo salvaje que andaba por las cercanías de la habitacion, y que se había internado en el bosque cuando la vió aparecer.

Se preguntó á los sirvientes de Koudouvley. Ninguno de ellos ni pudo ni quiso dar pormenores. La mayoría respondió con una especie de embarazo y de terror. Hendrick y Piet, creyeron por espacio de mucho tiempo que ellos sabían mas de lo que declaraban. Por eso agotaron todos los

medios posibles para obligarlos á hablar. Promesas y amenazas, regalos y correcciones, nada se omitió; el resultado fué siempre el mismo, y cansados los hermanos renunciaron á sus investigaciones.

En cuanto á Miss Daring, no estaba todavía acostumbrada á los usos del país para haber podido reconocer, á esta distancia y en medio de la oscuridad, á que tribu pertenecía el salvaje que ella había distinguido.

—¿Qué vamos á hacer ahora? preguntó Piet mudando los restos ennegrecidos y humeantes de su habitación.

—Reconstruir la casa, respondió Hendrick.

—Sea. ¿Pero qué vamos á hacer de Ana durante este tiempo? Ella no puede dormir en el campo como nosotros.

—¡Bah! dijo la jóven; yo he dormido muy bien la noche última en una cabaña de hojarasca que me levantaron vuestros criados.

—No, no, respondió Hendrick; Piet tiene razon, y si quieres crearme, llevaremos á la niña á casa de nuestro vecino Marydom. La *Noë* (dueña de la casa) es una digna y honrada mujer que cuidará mecho á la niña.

A esta proposicion inesperada, Piet hizo un gesto de desagrado. Sentia haber provocado este resultado con su anterior observacion.

—Yo no quiero dejaros, dijo Ana.

—¿Lo oyes, Hendrick? exclamó Piet, que volvió á cobrar ánimo viéndose sostenido. Ella quiere mejor quedar con nosotros.

—Ana es una niña, y toca á nosotros ser razonables en lugar suyo. Para adquirir los materiales necesarios, tenemos que hacer muchos viajes. ¿Qué sería de ella durante nuestra ausencia?

—Vamos, exclamó Piet, puesto que es menester que tú mandes, haz lo que te dé la gana.

Esta era la conclusion habitual del boër, cuando comenzaba á sentir á su despecho que su hermano tenia razon.

Al día siguiente, á pesar de las lágrimas de Ana, se condujo á la niña á la casa de Marydom que estaba situada á unas ocho millas de Koudouvley.

Al llegar, los hermanos encontraron á Marydom haciendo preparativos de partida.

—¿Dónde vais? preguntó Hendrick.

—A Grahantown, respondió Marydom abrazando á Ana, á quien amaba, tanto mas, cuanto que la pobre *Noë* no tenia hijos.

—Entonces nos vemos obligados á volvernos á llevar á Ana, exclamó Piet encantado de este contratiempo.

—¡Cómo!

Hendrick refirió la desgracia que acababan de experimentar y el motivo que los había llevado en casa de sus vecinos.

Reinó un prolongado silencio.

—Escuchad, dijo en fin la *Noë*; segun lo que se ha sabido acerca de la niña, es probable que su familia habite en Bergendorp. Yendo á Grahantown pasamos por allí cerca. Dejad que nos llevemos á Ana; nosotros tomaremos informes acerca de sus parientes, y la niña podrá ayudarnos con los recuerdos que la vista de Bergendorp le traerá precisamente á su memoria. Permaneceremos seis meses en Grahantown, y nos aprovecharemos de nuestra residencia en la ciudad para instruir un poco á Ana.

—De ninguna manera, exclamó Piet. ¿Qué necesidad tiene ella de instruirse? Yo no sé ni leer ni escribir, ni Hendrick tampoco, y nosotros lo pasamos bien.

—Esta niña no os pertenece, exclamó la *Noë*; este no es mas que un depósito que os ha confiado la Providencia y que no podeis descuidar para devolverla á su familia. Aun cuando no se encuentre á sus padres, es necesario que hagais lo que ellos hubiesen hecho si hubieran podido. Esta niña no puede permanecer en la crasa ignorancia como una sirvienta.

—Teneis razon, dijo Hendrick, aunque el pensamiento de una separacion de seis meses le atormentaba.

En cuanto á Piet, á pesar de su poca inteligencia, conocia que Margarita tenia razon; pero se rebelaba contra su propia conviccion y oponia á las preciosas palabras de la buena mujer razones de un niño. Se convenció, pero repitiendo á la niña:

—Vete, pobre Ana; no hay en el mundo una persona que te ame tanto como yo. Si me dejases obrar, nunca te separarías de nosotros.

En fin, se resignó; pero no hacia tres meses que Ana había partido con Marydom, y Piet repetía en todos los tonos:

—Ya no volverá, estoy seguro de ello; se queda en Grahantown; la convertirán en una señorita, y será muy desgraciada. Tú tienes la culpa, puesto que tú eres el que has querido que se vaya.

Hendrick, acostumbrado á sus recriminaciones, dejó que dijera lo que quisiera y continuó trabajando en la construccion de Koudouvley.

Este trabajo pedia mucho mas tiempo del que suponian los hermanos. Los principales materiales abundaban en las cercanías, pero era menester tiempo para dejarlos secar y disponerlos á la obra. En cuanto á los demás objetos, se veian obligados á esperar el retorno de los *traders* ó de los mensajeros encargados de comprarlos en las ciudades en el límite de la colonia inglesa.

A pesar de la actividad de los dos hermanos, valientes trabajadores los dos, y de la extraordinaria destreza de Piet, la reconstruccion de la casa exigió cerca de ocho meses. Sin embargo, Marydom había escrito desde Bergendorp para dar parte de las informaciones recogidas sobre la familia de miss Daring. El tío de Ana, á la muerte del cual habían asistido Piet y Hendrick, era el último pariente que se le conoció, y desde entonces la pobre niña quedó sola en el mundo.

—¡Tanto mejor! exclamó Piet; quedará siempre con nosotros.

Piet quiso que se le escribiese inmediatamente á Marydom para que enviase á la jóven; pero Hendrick observó que Ana vendría mejor asegurada con los dos buenos ancianos que con un *trader* desconocido, y que además era menester dar tiempo á que se completase su educacion. Piet cedió gruñendo como tenia de costumbre, y se esperó el regreso de los Marydom. Estos pusieron á prueba la paciencia de Piet, pues no regresaron hasta pasados diez y ocho meses, día por día, desde su partida. En su impaciencia por volverla á ver, los dos hermanos se adelantaron hasta cerca de Kuruman.

Aunque venia sentada en la carreta de los Marydom conoció desde lejos á sus bienhechores.

—Allí vienen Piet y Hendrick, exclamó la jóven dando palmadas de contento.

Y saltando de la carreta corrió hácia ellos. Su primer movimiento fué dirigirse hácia Hendrick; pero al llegar cerca de sus amigos se detuvo de repente con una especie de embarazo. Piet la cogió en sus brazos y la puso sobre

su silla como á una niña de diez años, y despues que la hubo besado la volvió á poner en tierra.

Durante este tiempo Hendrick contemplaba el sorprendente cambio que se habia operado en la persona de Ana. En lugar de una niña turbulenta, vestida las tres cuartas partes del tiempo como un muchacho, veia delante de él una jóven llevando con tanta gracia como modestia la ropa de su sexo.

La niña habia llegado á ser mujer. Cuando Hendrick le tendió la mano, ella se ruborizó, y casi titubeando abrazó á su antiguo amigo. Este por su parte se sintió conmovido.

Durante este tiempo Marydom y su mujer se habian reunido á los tres jóvenes.

—Y bien, preguntó el *baas* (amo) mostrando á Ana, ¿qué decis de nuestra discipula? Os la hemos guardado mucho tiempo, pero convenid en que ha sabido aprovecharse de él.

—Y tan jóven como es, ya hubiera encontrado un marido si ella hubiese querido, añadió la *Noë*.

—Entonces no la hubiéramos vuelto á ver, exclamó Piet frunciendo el entrecejo.

—Siempre el mismo, dijo Marydom riendo. Vamos Piet, y vos Hendrick subios á la carreta: la *Noë* va á prepararnos café. Yo he matado ayer un springbok cuya pierna va á darnos un excelente asado; despues, yo os daré brandy como nunca lo habeis bebido, y que he comprado á un capitán inglés.

Una hora despues nuestros cinco personajes, sentados en la carreta desenganchada, daban un rudo asalto á las provisiones de la *Noë*.

Terminada la comida, los bueyes fueron vueltos á enganchar, y las carretas se pusieron en marcha.

Margarita Marydom, que habia tomado mucho cariño á Ana, la miraba con dolor, al verla á punto de habitar desde entonces bajo el techo de aquellos dos jóvenes. Su antigua esperiencia le hacia presentir todos los inconvenientes que debian resultar, pero sus primeras observaciones á este respecto levantaron tal tempestad en el ánimo de Piet, que la buena mujer no se atrevió á insistir. Nosotros debemos añadir que esta situacion anormal de una jóven viviendo en casa de otros dos jóvenes se encuentra con frecuencia en estas colonias lejanas, y que no despierta las mismas ideas que en nuestro país.

Fué una grande alegría para los dos hermanos la de conducir á Ana al aposento que ellos le habian preparado, y que cada cual por su parte habia embellecido lo mejor que pudo. Conmovida de este afecto tan tierno y tan vehemente, la jóven no sabia como dar gracias á sus amigos. Los criados de la casa la acogieron tambien con entusiasmo. Piet les dió gracias distribuyendo entre ellos carne, hydromel y cerveza, al estremo que al llegar la noche todos los bechuanas estaban sumergidos en la embriaguez mas profunda.

IV.

LA DEMANDA EN MATRIMONIO.

Transcurrieron seis meses, y Ana habia cumplido diez y seis años. Se creia que tenia dos ó tres años mas, tan alta y robusta era para su edad.

Aunque los boëres de estas comarcas estén separados por grandes distancias, hay circunstancias tales como las

ceremonias religiosas, las grandes cacerías, los casamientos, que los reunen por muchos dias de veinte ó treinta leguas en contorno.

Estas reuniones son verdaderas saturnales para los boëres. Pasan su tiempo bebiendo, comiendo y bailando ó cazando, y parece como que quieren agotar en algunas horas los goces de todo un año.

Una de estas asambleas tuvo efecto en casa de un vecino de los Gregorios, que casaba aquel dia á su hija y á su hijo. Hendrick y Piet acudieron allí con Ana, cuya hermosura llamó la atencion de todos. Piet observó las miradas de asombro que se dirigian á su pupila, pero cuando comenzó el baile, y vió que el brazo de un jóven boër estrechaba la flexible cintura de miss Daring, se encolerizó y se puso á dar golpes indistintamente á derecha é izquierda. Sucedió una lucha general, y para nuestro amigo Piet, un brazo lastimado, una herida en la cabeza y fuertes contusiones en todo el cuerpo. Le sacaron de allí desmayado, le colocaron en una carreta, y los tres amigos volvieron á emprender tristemente el camino de Koudouvley.

Este accidente costó á Piet una larga enfermedad, que por espacio de dos meses le tuvo entre la vida y la muerte. Ana le cuidó con admirable esmero. Hendrick tambien hubiese querido pasar todo su tiempo á la cabecera de su hermano, pero la necesidad de vigilar solo todos los trabajos de la explotacion no se lo permitia. En fin, la robusta organizacion de Piet concluyó por librarle de la muerte. Una vez en la convalecencia, se restableció rápidamente, pero durante estos dos meses, Piet habia reflexionado mas que durante toda su vida.

Sin confesarlo todavia comenzó á darse cuenta de los sentimientos que Ana le inspiraba, cuando un acontecimiento imprevisto acabó de abrirle los ojos.

Algunos dias despues de su primera salida, estando hablando en la puerta con la jóven, vió llegar la carreta de uno de los mas ricos boëres de la vecindad. Este boër, llamado Hantam, descendió con su mujer y su hijo, guapo mozo, de veinte y dos años, que habia sido uno de los danzantes mas asiduos de Ana en la fatal asamblea.

Al verlo, Piet hizo un gesto de cólera y para colmo de desgracia, Hendrick estaba ausente y no podia venir sino dos dias despues.

Se necesitó de todo el imperio que Ana ejercia sobre el jóven boër para que éste consintiese en recibir graciosamente á los huéspedes que acababan de llegar.

Terminada la comida, mistris Hantam llevó a miss Daring al jardin bajo un pretexto cualquiera, y los hombres quedaron solos. Entonces M. Hantam manifestó resueltamente el objeto de su visita y pidió para su hijo la mano de Ana. Segun la costumbre constante de Piet, cada vez que era contrariado, su primer movimiento era enfadarse. Descontento por verse obligado á recibir la proposicion de M. Hantam, este tuvo que responderle en igual tono. Por fortuna era un hombre sensato y prudente que supo contenerse.

—Mi querido Piet, dijo al jóven, tu cabeza está todavia muy débil para que podamos hablar de esto hoy. Cuando estés mas aliviado y Hendrick haya regresado volveremos á Koudouvley.

Le dejó y se apresuró á llevarse á su mujer y á su hijo, pues temia un disgusto entre éste y Piet. La *Noë* le refirió que Ana le habia dado las gracias por el honor que le habia hecho, pero que hallándose dichosa en Koudouvley no tenia ganas de casarse.

Esta retirada precipitada puso al hijo de Hantam de mal humor, y enganchando los bueyes á las carretas maldijo en alta voz los celos de Piet, á los cuales atribuía la negativa de Ana.

—Ellos perderán á esta muchacha, decía. Hacen de ella una verdadera criada é impedirán que se case. Sin embargo, si uno de ellos se casase con ella; pero la pobre jóven no tiene nada, y ellos quieren mejor tenerla como una criada.

Estas últimas palabras que llegaron á los oídos de Piet, exaltaron su bilis, y se necesitó todo el imperio de Ana para que Piet no se lanzase sobre su rival.

—Miente, exclamó mirando á la carreta y alejándose des-

pues. Nunca has sido tú aquí mirada como una sirvienta. En cuanto al dinero ya sabes que el nuestro es tuyo y que puedes disponer de él á tu antojo. Mira, aquí tienes dinero, añadió presentando á la jóven una pila de pesos. Luego como si hubiese encontrado la ocasion que buscaba hacia tanto tiempo:

—¡Ah! nosotros no queremos casarte, continuó, y la prueba de que él ha mentado, es que yo estoy dispuesto á casarme contigo. ¿Esto es una cosa hecha, no es verdad? Nos casaremos el dia primero que venga el ministro Kuruman.

Ana palideció; luego se repuso y dió gracias á Piet por su proposicion; pero le hizo presente que no habia para



Hendrick procuraba reanimar á la jóven.

que preocuparse de las palabras de algunos envidiosos, y que se encontraba dichosa con su posicion en Koudouvey.

Esta respuesta no satisfizo á Piet. No sabia si tendria valor para comenar de nuevo la peticion de casamiento. Desgraciadamente para él, Ana sentia el deseo contrario, y respondió de una manera evasiva. Vista la perplejidad de Ana, otro que no hubiese sido Piet habria adivinado la verdad; pero la inteligencia no era lo que mas distinguía al boër. Siempre habia tenido el cerebro un poco desarreglado, y se persuadió de que Ana le aceptaba, y satisfecho de su felicidad, deseoso de hacerlo saber al mundo entero, mando ensillar el caballo y galopó hasta que se puso delante de Hendrick.

En el momento que le distinguió:

—Hermano, gritó, yo me caso con Ana.

—¿Cómo? dijo Hendrick sorprendido.

—Lo juro, sí. Es una idea que hoy he tenido.

—¿Y Ana?

—Casi ha aceptado.

Hendrick no respondió nada. Otro que su hermano hubiese observado su turbacion, pero Piet entregado á su alegría no tenia tiempo para observar.

Ana cuando vió á los dos hermanos regresar juntos leyó lo que pasaba en el rostro descompuesto de Hendrick. Corrió á su encuentro y le tendió la mano que apretó el jóven boër.

—¿Qué tienes, Hendrick? preguntó con voz dulce.

El se estremeció y permaneció algunos segundos sin responder.